

que pedían, y fueron proscritos los calvinistas por un decreto formal (1592). Pero como estos rigoristas no hacían gran caso de las firmas ni de las abjuraciones contradictorias, fueron obligados á retractar por escrito sus opiniones todos los que eran sospechosos y á abjurar los puntos de doctrina en que no convenían los sacramentarios con la confesion de Augsburgo. No tardaron estos en vengarse en el Palatinado, donde dominaban desde que el príncipe Casimiro había introducido en él la reforma de Suiza y de Francia, á la sombra de la regencia de que estuvo encargado durante la menor edad de su sobrino el elector Federico IV. Despues de la muerte de Casimiro, intentaron inútilmente los luteranos restablecer en aquel pais el ejercicio de su religion, la cual halló en los estados de la nacion una resistencia insuperable; y las recomendaciones que mendigó del emperador produjeron tan poco efecto, que solo sirvieron para humillarla mas y mas, acarreándola una esclusion mas vergonzosa: por manera que todas las concordias celebradas entre estas sectas inconciliables quedaron rescindidas con la misma frecuencia y facilidad con que se juraron.

Antes que la infeliz Germania hubiese añadido esta nueva escena al espectáculo deplorable que estaba ofreciendo continuamente desde que un gran número de iglesias de aquella nacion se habian separado de la Silla apostólica, bajo cuya direccion estuvieron tan florecientes en otro tiempo, murió el Sumo Pontífice Gregorio XIV, á 15 de octubre de 1594, á los diez meses y diez dias de Pontificado. A 29 del mismo mes le sucedió el cardenal Juan Antonio Facchinetti, boloñés, y tomó el nombre de Inocencio IX. Desde que entró en el Pontificado se condujo con tanta prudencia y manifestó unas intenciones tan rectas, que se hizo igualmente recomendable al clero, á la nobleza, al pueblo y á los ministros extranjeros; pero fué tambien uno de aquellos Pontífices que hacen concebir grandes esperanzas, sin poder realizarlas ni desmentirlas, pues murió á los dos me-

ses, el 30 de diciembre. La muerte precipitada de tres Papas movió á los cardenales á elegir, el dia 30 de enero del año siguiente 1592, al cardenal Hipólito Aldobrandino, que no tenia mas de cincuenta y seis años (1), y era generalmente estimado del Sacro Colegio. Nadie pensaba en él cuando le propuso el cardenal Peretti, y en un momento reunió casi todos los votos. Luego que oyó que le proclamaban, se arrodilló, y pidió al Señor que le quitase la vida si su eleccion no habia de ser útil á la Iglesia. Habiéndose levantado, tomó el nombre de Clemente VIII. Era natural de Fano, en las costas del mar Adriático, de una familia noble, oriunda de Florencia. En el espacio de mas de trece años que ocupó la Silla apostólica, se portó como debia esperarse de las disposiciones con que habia entrado á ocuparla.

Persuadido de que iba á perderse enteramente la Religion en los dominios de Francia, y que aun en lo temporal hacia infelices á sus vasallos el nuevo rey, dirigió el Pontífice un breve en forma de bula al cardenal obispo de Placencia, que hacia en Francia funciones de legado desde que se retiró Cayetano, mandando á todos los franceses católicos elegir un rey que profesase su creencia. Se registró esta bula en el parlamento de Paris; pero el tribunal de Chalons espidió inmediatamente un auto emplazando personalmente al legado, y una providencia contra el registro del breve. Siguióse luego una nueva sentencia del parlamento de Paris que condenó al fuego el auto de Chalons, despues de lo cual el abogado general, pensionado por los españoles, prorumpió en invectivas contra los magistrados de Chalons y aun contra la persona de Enrique IV.

Conociendo este príncipe que con los acuerdos de Chalons nada adelantarian sus negocios, pero no estando decidido todavía á legitimarse por su conversion, resolvió, despues de una

(1) Giac. vit. Pontif. t. 4. ad ann. 1592; De Thou, l. 103.

nueva serie de conquistas, apoderarse de la ciudad de Rouen, no menos importante por su situacion que por su opulencia y grandeza. Por las mismas razones los parisienses y el duque de Mayena reclamaron el refuerzo que les habia prometido el duque de Parma en su primera expedicion, y le instaron á que fuese á poner el colmo á su gloria y á su dicha salvando á Rouen como habia salvado á Paris. Este hombre prudente, si bien no aprobaba que Felipe II, el cual decia ya *mi ciudad de Paris, mi reino de Francia*, se dejase desviar, por los sentimientos de una ambicion personal, del grande objeto que se habia propuesto y era trabajar por el triunfo de la Religion católica en Francia, llevó á Francia un nuevo ejército, pero contentándose con hacer levantar el sitio de Rouen, y apoderarse de la villa de Caudebec, donde fué herido, se volvió á los Países-Bajos, y murió allí el año siguiente. Enrique IV, despues de haber perseguido inútilmente al duque de Parma, el cual justificó con sus marchas la reputacion que tenia de ser uno de los mayores capitanes de su siglo, fué á cerrar las avenidas de Paris, tomando las ciudades y pueblos inmediatos, y poniendo guardias en los caminos reales y en los rios.

En las provincias meridionales conservó al rey el duque de Epernon la ciudad de Montalban, que era el principal baluarte de su partido en aquellos paises, y que el duque Scipion de Joyeuse pensaba tomar para aumentar el poder de la Liga. A fin de facilitar Joyeuse esta conquista importante, habia ido á poner sitio á la ciudad de Villemur, situada cerca de Montalban. No se detuvo Epernon, sino que le acometió en su propio campo, le derrotó, á pesar de su vigorosa defensa, y para mayor desgracia, Joyeuse, que á lo menos por su valor, era digno de un fin mas brillante, se ahogó en un rio adonde le precipitó su caballo.

De los dos hermanos, únicos que le que-

daban de siete, dos de los cuales habian perecido en los campos de Coutras, el uno era Francisco, cardenal arzobispo de Tolosa, y el otro Enrique, antes conde de Bouchage, y ahora Fr. Angel, capuchino (1). Habiendo elegido los de Tolosa al arzobispo por sucesor de Scipion en el gobierno de la ciudad, el prelado rehusó este cargo como poco conveniente á su carácter, porque llevaba consigo la obligacion de tener el mando de los ejércitos. Parecia que el nombre de Joyeuse era singularmente grato á los tolosanos; asi se les ocurrió dirigirse á Fr. Angel, el cual rehusó al principio, alegando que no le era licito abandonar el sistema de vida que habia profesado. Se hicieron muchos elogios de su piedad, pero un gran número de teólogos y algunos obispos decidieron que en conciencia podia dejar el claustro, despues que se le obtuviese dispensa de los votos, y que aun estaba obligado á ello, pena de pecado mortal, por tratarse del bien de la Religion. Luego que la Santa Sede, á peticion del cardenal de Joyeuse, concedió la dispensa, fueron volando las gentes al convento de capuchinos, sacaron de él á Fr. Angel, le llevaron al palacio arzobispal, y allí, en medio de las aclamaciones del pueblo, aquel hombre de metamorfosis volvió á tomar por devocion la coraza que la devocion le habia hecho convertir en hábitos de fraile, para luego mas adelante volver á trocar la coraza por los hábitos. Al principio se limitó á la parte militar del gobierno, y el cardenal, su hermano, se encargó de la civil; pero despues gobernó aquella provincia por sí solo, y se mostró constantemente uno de los mas firmes apoyos de la Liga.

A 17 de mayo de este año de 1592 murió en Villareal, del reino de Valencia, en España, San Pascual Bailon, del orden de San

(1) De Thou, l. 103; Descall. *Vida de Fr. Angel de Joyeus.*



Francisco (1). Había nacido en una humilde choza en un pueblo (Torrehermosa) de la diócesis de Sigüenza, y se ocupó en guardar rebaños hasta los veintidos años de edad, en que le inspiró Dios una santa inclinación á otro género de soledad. Se retiró á un convento de franciscos descalzos, donde por espacio de cuatro años sirvió en los oficios mas viles, y luego le dieron el hábito de lego. En este estado, tan despreciable á los ojos del siglo, fué en el que con un género de heroísmo, tanto mas admirable, cuanto menos escita la admiración del vulgo, es decir, con una perseverancia tranquila é invariable durante los veintiocho años que aun vivió en la práctica de la pobreza, en la paciencia, en las austeridades mas rigurosas, y en una profunda humildad, que le hacían desconocer todas las virtudes que tenía, llegó á una santidad que el cielo manifestó públicamente con una multitud de milagros obrados en su sepulcro. La bula espedita para su canonización dice que con toda seguridad se le coloca en el catálogo de los Santos.

En el año siguiente tuvo origen la congregación de la doctrina cristiana, cuyo fundador fué César de Bus, natural de Cavailon, de una familia noble, oriunda del Milanésado. Después de haber dado en algunos extravíos, de que pocas veces se liberta la juventud, tuvo César una conducta muy arreglada y ejemplar, renunció muchos beneficios simples que gozaba y admitió un canonicato por nombramiento de su obispo, para convertir aquella prebenda en un método de vida austera y penitente. Luego que recibió el sacerdocio, mostró una afición particular á catequizar á los fieles, y principalmente á los pobres. Su modo juicioso y metódico, se fué acreditando; su celo ejemplar le atrajo muchos imitadores, y no tardó en verse rodeado de un gran número de eclesiásticos laboriosos. Entonces escribió al Papa, suplicándole que aprobase aquella asociación, y

(1) Papebr. et Baill. ad 17 Maii.

Clemente VIII confió el exámen de este asunto á Taurusio, arzobispo de Aviñon. Este prelado que estimaba mucho la virtud de Cesar, y estaba prendado de un instituto cuyos frutos eran ya célebres en aquel país, no se contentó con aprobarle, sino que le cedió en su ciudad arzobispal la iglesia de Santa Práxedes, desde donde fué trasladado después á la de San Juan el Viejo. Promovido Taurusio al cardenalato, hizo que la Santa Sede confirmase, pasados cinco años, esta nueva congregación. Continuando el piadoso fundador en instruir sin ninguna intermisión á los fieles, perdió la vista trece ó catorce años antes de su muerte, que se verificó en el día de Pascua, 15 de abril de 1607. Dejó escritas unas instrucciones familiares, que son todavía muy apreciadas. Esta congregación fué reunida por Paulo V á la congregación italiana de los somascos, y restablecida después por Inocencio X en instituto particular, con un general francés. Dividiase en tres provincias, á saber, Aviñon, Paris y Tolosa.

A pesar de la dureza aparente de Clemente VIII, había enviado á Roma Enrique IV, de parte de los católicos, al cardenal de Gondi, dándole por asociado á Juan de Vivona, marqués de Pisani, con facultades para tratar en su nombre. El auto dado contra el breve del Papa y la comparecencia personal de su legado eran únicamente para el pueblo, pues estaba el rey tan distante de romper con Roma, que no quiso establecer en Francia un patriarca, como se lo habían propuesto muchos obispos, que atendida la disposición en que se hallaba el reino con la Santa Sede, apenas sabían qué partido tomar en cuanto al régimen eclesiástico, y estaban sobre todo muy divididos en pretensiones, especialmente en orden á la colación de los beneficios.

Mientras duraban estas negociaciones, que el Papa no reconocía públicamente, si bien las continuaba en secreto, el duque de Mayena, como lugar-teniente general del reino, se vió instado y como obligado por los españoles, de

acuerdo con el legado poco fiel á las instrucciones moderadas del Pontífice, á convocar las Cortes para elegir un soberano católico. Reuniéronse efectivamente el 26 de enero de 1593; pero lo que parecía retardar al menos el triunfo del rey, solo sirvió para acelerarlo. Los españoles, sin contenerse ya mas, propusieron se diese la corona á la infanta Isabel, hija del rey católico, y con tanto empeño y arrogancia como si el reino hubiese sido ya una de sus provincias. Hasta tuvieron la imprudencia de dar á conocer que el proyecto de Felipe era casar á la infanta con el archiduque Ernesto, hijo del emperador, y por consiguiénte poner la Francia bajo el yugo de la casa de Austria. Indignado Mayena les contestó que no parecía sino que querían tratar á los franceses como á los pueblos estúpidos de la India; pero que aun no era tiempo de imponerles la ley; que al menos por su parte había recibido con esta revelación una lección harto importante para no ponerse jamás en el caso de llegar á ser súbdito suyo. Después de recibir de ese modo las pretensiones de los españoles, fué preciso suavizarlos. Propusieron casar y hacer reinar la infanta con el joven duque de Guisa; pero además de que Mayena nunca había pretendido trabajar para otro, ni aunque fuera pariente suyo, y de que conocía al fin la imposibilidad de retener para sí el poder soberano, pensaba seriamente en sacar de su posición el partido posible á fin de ajustar con Enrique IV un ventajoso acomodo. Por otra parte, en el momento de pasar á una dominación extranjera despertáronse en la nobleza los sentimientos de patriotismo; y todos, hasta el obispo de Sens, á quien se ha hecho figurar al frente de la procesion de la Liga, abrieron al punto los ojos y exclamaron: «No, ya no puedo poner en duda lo que hasta ahora había mirado como una imputación calumniosa de los hereges; no, los españoles, á pretexto de Religion, solo pretenden satisfacer su péfida ambición (a). ¡Cómo!

(a) Sabiendo que es francés el historiador, no es-

la ley de sucesion, después de mil y doscientos años, ¿tolera por ventura en Francia otros soberanos que los hijos varones de la casa reinante? Si los españoles se obstinaron en sus orgullosos designios, seré yo su enemigo, y conmigo lo serán todos los católicos de buena fé.» El parlamento que residia en Paris, y tan tímido hasta entonces, recobró su antiguo valor, dió un decreto para impedir fuese elevado al trono ningun estrangero y para anular todo lo que se hiciese con este fin, como contrario á la ley de sucesion y á las demas leyes fundamentales del reino.

Por último, la asamblea de que los españoles esperaban obtener el imperio de Francia no produjo otro resultado que la conferencia celebrada en Surena entre los católicos de ambos partidos, y la Sátira Menipea, la que por el ridículo, tan eficaz en el ánimo de los franceses, dió acaso á la Liga un golpe mas funesto que el mismo valor de Enrique IV. Dos prelados distinguidos por su destreza y elocuencia fueron comisionados para ser los oradores de la conferencia de Surena; á saber, Reinado

trañarán nuestros lectores el lenguaje que usa. Los españoles eran muy buenos para enviar dinero y tropas á Francia en socorro de los franceses católicos; eran muy buenos para ayudar á todos los que no querian que el reino francés fuese presa de los hugonotes; pero cuando el monarca español, viendo cuán divididos estaban en punto á elegir soberano, division que nuestro mismo historiador confiesa, y considerando además el mucho dinero y sangre española que se había derramado en Francia dirigió sus miras á su hija doña Isabel, pidiendo que fuese admitida á la sucesion del reino, ya por el derecho de sangre, ó ya por libre elección de los Estados; ¡oh! entonces ya es otra cosa, entonces se grita patriotismo, entonces se dirige á aquel á quien debian estar vivamente agradecidos. Sensible es que el Hérion, aun viendo que el Papa y su nuncio estaban por los españoles, se deje llevar tambien á esos excesos y que no repare en usar las palabras mas duras para acriminar á los españoles, hasta en ocasiones como la de ahora en que mayor gratitud debian mostrarles. Pero ¿no es propio de los franceses la ligereza y querer meterse en todo sin consentir que nadie se meta en sus cosas? Por fortuna la religiosidad de Felipe II está harto elevada para que pueda llegarla semejantes dardos. Por eso no hemos querido omitir esto y otros párrafos de nuestro historiador, moviéndonos además á ello el deseo de mostrar á nuestros lectores hasta qué punto llegaba entonces el poderío español. ¿Qué diferencia de entonces á ahora! (N. del E.)



de Baulne, arzobispo de Bourges, por los realistas; y Pedro de Espinac, arzobispo de Lyon, por los de la Liga. Dió principio el arzobispo de Bourges por una pintura terrible de las calamidades que padecía el reino con motivo de su desunion, y concluyó proponiendo la necesidad de sacrificar los odios, las preocupaciones, todos los intereses particulares, y de reunirse bajo la autoridad de un mismo rey. El arzobispo de Lyon ensalzó con un estilo no menos patético todas las ventajas de la union y concordia; pero añadió que solo podía reinar esta entre los católicos, y que no podía subsistir bajo el gobierno de un rey herege sin arruinar la Religion. Sobre este punto no dejó el arzobispo de Bourges de ponderar las esperanzas que el rey daba de convertirse: á lo que respondió el arzobispo de Lyon, que hacia tanto tiempo que traia entretenidos á los pueblos con aquellas vanas esperanzas, que no convenia fiarse ya de ellas. Por consiguiente, quedaba reducida toda la dificultad al único artículo de la conversion del rey. Los grandes que le eran mas adictos, le representaron al momento, que en efecto hasta entonces no habia hecho mas que dar palabras vagas; pero que en el punto crítico de ver que se iba á elegir un segundo rey en su reino, era necesario explicarse con mas claridad. Toda la corte le hizo las mas fuertes instancias. Los señores católicos suplicaban á los calvinistas que no se opusiesen al bien comun, y muchos de estos, lejos de contrariarlos los apoyaron en sus instancias.

Davy-du-Perron, hombre erudito, de índole amable, muy estimado del rey y apóstata del calvinismo, dió principio desde entonces á la instruccion del príncipe por via de conversacion, pero atrayéndole insensiblemente á unas conferencias formales, á que fueron convidados los obispos y doctores mas hábiles, así entre los coligados como entre los realistas. Fueron vanos los grandes esfuerzos que al menos para que estos no asistiesen á ella hicieron

el legado y los españoles. Como el temor de que pereciese la Religion era la única cosa que habia amortiguado en el corazon de los franceses su amor al rey, adquirió este una actividad extraordinaria luego que le vieron dar los primeros pasos para volver á entrar en el gremio de la Iglesia; y la tregua que concedió al mismo tiempo á los parisienses en medio de los apuros en que se hallaban, despertó toda su adhesion á la augusta casa que mas que á los otros les daba padres. Enrique, libre de preocupaciones, dotado de excelente espíritu y de un candor, cuya memoria será eterna, conoció y confesó la verdad desde el momento en que la consideró con atencion. Hecho cargo de las respuestas dadas á las objeciones que habia propuesto, dió ingenuamente gracias á los obispos por haberle enseñado lo que no habia sabido hasta entonces; «pero por grande que sea la conviccion del entendimiento (añadió), solo á la bondad y al poder infinito de Dios debo atribuir la mudanza de mi corazon.» En el discurso de las conferencias, á las cuales asistieron muchos doctores ó ministros calvinistas, obligó Perron á Mornai, Roltam y Sallettes á convenir en que es posible salvarse en la Iglesia romana, y oyendo esto el rey les dijo: «¿Con que confesais que es posible salvarse en la Religion de los católicos? Pues ellos por el contrario sostienen que en la vuestra es preciso condenarse. A la verdad, es la materia de tanta importancia, que se debe seguir el partido mas seguro, y me parece que la prudencia no me permite deliberar mas acerca de este punto (1).» Inmediatamente quedó resuelta la abjuracion del rey, y se señaló para el domingo, dia 25 de julio, en la iglesia de San Dionisio.

En el dia señalado fué el rey por la mañana á la puerta de la iglesia de la abadía, acompañado de los príncipes, de los oficiales de la corona, de los señores católicos, y del gentío

(1) Mem. de Aubigné.

inmenso que habia concurrido desde Paris, á pesar de las prohibiciones y censuras del legado (1). El arzobispo de Bourges, limosnero mayor de Francia, estaba esperando á la puerta vestido de pontifical, acompañado de todos los religiosos de la abadía, de un gran número de prelados, y del joven cardenal de Borbon, que estaba ya desengañado de las pretensiones que habia tenido en orden á ser soberano de Francia. El arzobispo preguntó al rey, segun su ceremonial, quién era, y qué pedía. «Soy (respondió) Enrique, rey de Francia y de Navarra, y deseo ser admitido en el gremio de la Iglesia católica, apostólica romana.» — «¿Lo deseais sinceramente (replicó el prelado)?» — «Lo quiero y lo deseo con todo mi corazon (respondió el príncipe);» y habiéndose arrodillado al momento, hizo en estos términos su profesion de fé: «Prometo y juro, en presencia de Dios omnipotente, vivir y morir en la Religion católica, apostólica romana, protegerla y defenderla á costa de mi vida, y renuncio todas las heregias contrarias á su doctrina.» Puso el rey esta fórmula escrita en manos del arzobispo, el cual le dió en alta voz la absolucion de las censuras incurridas por causa de la heregia que habia profesado hasta entonces. Al momento todo el concurso alabó á Dios y empezó á gritar: *Viva el rey*, con una alegría y regocijo que no es capaz de imitar la adulacion. Desde allí fué llevado al altar mayor, donde, despues de besarle y hacer la señal de la cruz, repitió el juramento sobre los santos Evangelios, y luego se confesó secretamente con el arzobispo, debajo de un dosel que se habia puesto detrás del altar, mientras se cantaba el *Te-Deum*. Concluida la confesion, oyó la misa mayor con una modestia y una devocion ejemplar, que subió de punto al elevarse la sagrada hostia. Asistió tambien piadosamente á todos los demas oficios, y en el mismo dia fué á Montmartre á dar gracias á Dios por su

(1) Mem. de la Liga, t. 5, p. 403.

conversion en los sepulcros de los santos Mártires, de quienes habia recibido la Francia la fé que él tenia la dicha de recobrar.

Los últimos gefes y botafuegos de la Liga degenerada, á fin de justificar su resistencia habian protestado que solo peleaban por la Religion, y que no pedian mas que un rey católico que la conservase. El príncipe á quien desechaban, habia vuelto por último á la Religion de sus padres en un tiempo en que, prosperando sus armas por todas partes, no podia atribuirse su conducta á temor, y mucho menos á hipocresia, vicio por otra parte diametralmente opuesto á la franqueza de su carácter. Sin embargo, esforzaronse algunos de la Liga en denigrarle, aun en los pulpitos de las principales iglesias de Paris, con todo género de imputaciones. Juan Boucher, entre otros, creyendo que su parroquia de San Benito no era un teatro bastante espacioso, pronunció en la iglesia de San Meri, por espacio de nueve dias consecutivos, unos discursos que aún se conservan, y en que afirmaba que la conversion del Bearnés era un acto de hipocresia infernal. Pero viendo que este género de calumnia no producía el deseado efecto, fué necesario recurrir á otros artificios. De acuerdo con el legado, ó mas bien por inspiracion de los españoles que tenian en él el mayor influjo, se esparció por el pueblo la voz de que cualquiera que fuese la conversion del navarro, herege obstinado, defensor y gefe declarado de los hereges, y sobre todo, herege relapso, le constituia radical é irremediabilmente incapaz de reinar; que de ningún modo podía ser absuelto sino por el Sumo Pontífice; que era nula la absolucion de los obispos, y que todos los que seguian el partido de Enrique estaban excomulgados.

En la absolucion dada al rey habia puesto el arzobispo de Bourges, de acuerdo con los demas prelados, esta cláusula: *salva la autoridad de la Silla apostólica*, para dar á entender que una necesidad urgente los habi



puesto en el caso de no seguir las reglas comunes, y que habian procedido en el supuesto de una licencia presunta, la cual se proponian impetrar. Al mismo tiempo habia prometido el rey enviar á Roma una embajada para que prestase obediencia en su nombre al Sumo Pontífice; y luego que abjuró, eligió por su embajador al Duque de Nevers; pero no ignorando los artificios de que en Roma se valian los restos degenerados de la Liga, los españoles y aun los calvinistas, para impedir que su enviado se acercase á la Silla pontificia, despachó antes un agente menos ilustre, encargándole que llevase una carta llena de todos los sentimientos de fé y de obediencia que podia desear el Vicario de Jesucristo. Los prelados y los doctores realistas le entregaron tambien cartas igualmente satisfactorias por su parte, á fin de no dejar ninguna duda acerca de su fé, ni aun de la regularidad de su conducta, en cuanto lo habia permitido la necesidad. Esta negociacion causó tantos cuidados á Enrique IV y le ocupó casi tanto tiempo como la conquista de su reino.

A lo menos, la Provenza por una parte, y por otra casi toda la Picardía, las ciudades de Meaux, Orleans, Bourges, Lyon, gran número de señores y aun la capital del reino, se sujetaron mucho antes á su poder. Pero antes de la sumision de Paris, inspiró Enrique un nuevo grado de respeto á aquel pueblo religioso, recibiendo el carácter sagrado de ungido del Señor. Como la ciudad de Reims, adicta desde mucho tiempo atrás á los príncipes de Lorena, se hallaba todavia en poder de los de la Liga, se consagró en Chartres, y en lugar de la santa ampolla que se conservaba en Reims, se sirvió de la de Tours ó de Marmontier, que decian haber sido tambien traída del cielo en tiempo de San Martin, á quien curó de una herida peligrosa.

Habiendo quitado el duque de Mayena el gobierno de Paris al conde de Belin, que se habia hecho sospechoso, lo habia conferido al

conde de Brissac, que habia sido hasta entonces uno de los coligados mas furiosos; pero viendo Brissac que Enrique era católico y estaba consagrado, solo pensó en utilizarse del puesto que ocupaba, congraciándose con un rey en quien concurrían todas las circunstancias que se habian apetecido. Mientras Mayena, con pretesto de recibir en la frontera de Lorena un nuevo refuerzo de españoles, iba á tomar su última resolución con los príncipes de su casa, trató con el rey el nuevo gobernador, tomó sus medidas con los capitanes de cuartel, elegidos despues del castigo de los *Diez y seis*, entre los ciudadanos mas estimados, hizo que saliese una parte de la guarnicion, con pretesto de ir á apoderarse de un convoy que habia salido de Paleseau, y en 22 de marzo de 1594, á las cuatro de la mañana, introdujo en la ciudad las tropas del rey. Entraron con gran silencio, recorrieron las calles en orden de batalla, y se apoderaron sin obstáculo de las plazas, de los callejones que iban á parar á ellas, de los puentes y de los edificios llamados *Chatelets*. Solo un cuerpo de guardia español dió muestras de resistir, pero fué derrotado en seguida, y todos los demas se disiparon. Por su parte el rey se portó como un padre en medio de sus hijos. Aquel mismo dia estuvieron abiertas las tiendas, y reinó en Paris una tranquilidad tan grande, como si no hubiesen precedido ningunas hostilidades.

El rey á su entrada en la ciudad habia invitado al legado del Papa á que fuese á verlo; pero habiéndose negado á ello este prelado le hizo salir fuera del reino con todo honor y seguridad. Tambien salieron el mismo dia las tropas españolas con el embajador español, pero salieron con los honores de guerra, segun habia estipulado para ellas el conde de Brissac. El rey fué á verlos pasar, y cuando desfilaban delante de él, este príncipe que en medio de la gravedad de los negocios conservaba su buen humor, les dijo sonriéndose:

«Señores, salud de mi parte al rey vuestro amo, pero decidle que no os vuelva á enviar aquí.» A los pocos dias se sujetaron á la obediencia de Enrique los mas atrevidos de la Liga, dando ejemplo la facultad de teología por medio de la retractacion de los decretos que la habian dictado las circunstancias. Sin embargo, Carlos de Pellevé, hechura de la casa de Lorena, la cual le habia ensalzado hasta la dignidad de cardenal, hallándose enfermo en Paris cuando le dieron la noticia de que el rey era dueño de la ciudad, se apoderó de él una agitacion tan violenta, que perdió el juicio inmediatamente, y murió de allí á pocos dias (1). Habiendo tenido la misma suerte casi al mismo tiempo el jóven cardenal de Borbon, hijo de Luis, príncipe de Condé, se dijo que habia muerto tambien de pesadumbre, porque la conversion de Enrique IV le quitaba toda esperanza de ocupar el trono, pues en efecto se habia lisongeado de conseguirle. Entretanto los gobernadores de la Bastilla y del castillo de Vincennes entregaron estos fuertes. Villars-Branca, gobernador de Rouen, imitó muy en breve su ejemplo. La ciudad de Lyon se rindió á las armas de Enrique. En el espacio de algunos meses le reconocieron por soberano casi todas las ciudades principales, provincias enteras hasta en lo mas remoto del reino, y los señores mas celosos de la soberania, sin exceptuar al duque de Guisa: conquista tanto mas gloriosa para Enrique, como tambien el título de Grande que recibió entonces, cuanto habia tenido mas parte en ella su bondad que su valor. No solo concedió un perdon general por todo lo pasado, sino que prodigó los empleos lucrativos y honoríficos á sus antiguos enemigos, en tal grado que llegaron á quejarse de él sus amigos constantes. Nunca ejerció tanto la beneficencia como cuando podia vengarse sin ningun obstáculo.

(1) *Mem. de L'Étoile*, t. 2, p. 204; *Ciac*, t. 3, p. 104.

No obstante, hubo un monstruo que estuvo á pique de volver á sumergir á la Francia en el abismo de calamidades de que apenas la acababa de sacar aquel buen príncipe. A poco de regresar el rey desde Picardía, fué herido con un cuchillo por Juan Chatel, hijo de un mercader de paños de Paris. La fortuna fué que Enrique, siempre afable y humano, se inclinó en aquel momento para levantar del suelo á dos oficiales que se habian arrodillado á sus pies, y así, aunque el cuchillo iba dirigido á la garganta, dió en la boca, y le rompió un diente, con lo que se evitó una herida mas peligrosa. Ya habia resuelto el mismo parricidio Pedro Barrera, sin mas motivo conocido que su fanatismo; pero habiendo sido delatado por un religioso dominico, habia sido preso y castigado antes de proceder á la consumacion de su delito. A Chatel se le hizo un interrogatorio mas riguroso, se le dió tormento, y solo dijo que habia estudiado tres años con los jesuitas, y últimamente en las escuelas de derecho de la universidad; pero que él mismo habia sido quien se habia imaginado que matando al rey expiaría sus pecados; y hasta la muerte y en medio de los tormentos protestó que ningun jesuita habia tenido parte en su crimen (1).

«Los jesuitas, dice Dupleix (2), eran aborrecidos de algunos de los mismos jueces; pero no pudiéndose arrancar de boca del asesino, ni aun con la violencia de los tormentos, prueba ni presuncion alguna de que los jesuitas fuesen cómplices de su atentado, se enviaron comisionados para que registrasen todos los libros y escritos de la Compañía.» En el aposento del P. Guignard, bibliotecario de la casa, se encontraron unos escritos injuriosos al rey, y especialmente á la buena memoria de su predecesor. En vano el bibliotecario, puesto en poder de la justicia, representó que

(1) *Cont. de Fleury*, l. 181, n. 5.

(2) *Hist. de Enrique el Grande*, p. 163.